

Una lógica posible: parricidio, mal de la juventud y genocidio

Texto

Olga Mabel Máter

Escuela freudiana de Buenos Aires

mater.olga@gmail.com

Recepción: Marzo 2026 / Aceptación: Mayo 2026

Resumen

Este trabajo propone una articulación entre términos heterogéneos: “parricidio” (discurso psicoanalítico, Freud), sintagma “le mal de la jeunesse” (el mal de la juventud de Lacan, 1972) y “genocidio” (discurso jurídico-social). Sostenemos que su enlace no se rige por una continuidad lineal, sino por un pasaje por torsión, formalizado mediante la banda de Moebius, como operador conceptual.

Desde la clínica contemporánea advertimos mutaciones en la subjetivación —fragilización del orden simbólico, declive identificador, desregulación pulsional, irrupción de lo real y empujes ligados a la pulsión de muerte— y las articulamos con la pluralización de los nombres-del-padre propuesta por Lacan, para interrogarnos acerca de algunas nominaciones actuales que organizan lazos y favorecen prácticas segregativas y deshumanizantes.

Como índices clínico-discursivos de época analizamos: (I) expansión de monedas digitales y apuestas en adolescentes; (II) emergencia de los “therians”; (III) Delitos de difusión pública “matar al amigo” —asesinatos entre jóvenes aun bajo el supuesto de la amistad— como precipitación del lazo en lo real; y (IV) violencias masivas y crímenes de lesa humanidad, con énfasis en la mortandad de niños y adolescentes, donde la destrucción del semejante se instituye y legitima a escala colectiva. El objetivo es aportar una lectura lógica - clínica para reflexionar ciertas derivas contemporáneas en curso.

Palabras clave

Parricidio, Genocidio, Discurso, Lazo social, Pulsión de muerte,

Uma lógica possível: parricídio, mal da juventude e genocídio

Texto

Olga Mabel Máter

Escuela freudiana de Buenos Aires

mater.olga@gmail.com

Recepción: Marzo 2026 / Aceptación: Mayo 2026

Resumo

Este trabalho propõe uma articulação entre termos heterogêneos: “parricídio” (discurso psicanalítico, Freud), o sintagma “le mal de la jeunesse” (o mal da juventude em Lacan, 1972) e “genocídio” (discurso jurídico-social). Sustentamos que seu enlace não se rege por uma continuidade linear, mas por uma passagem por torção, formalizada por meio da banda de Möbius, como operador conceitual.

A partir da clínica contemporânea, observamos mutações na subjetivação —fragilização da ordem simbólica, declínio identificatório, desregulação pulsional, irrupção do real e empuxos ligados à pulsão de morte— e as articulamos com a pluralização dos nomes-do-pai proposta por Lacan, a fim de interrogar certas nomeações atuais que organizam laços e favorecem práticas segregativas e desumanizantes.

Como índices clínico-discursivos de época, analisamos: (I) a expansão de moedas digitais e apostas entre adolescentes; (II) a emergência dos “therians”; (III) delitos de difusão pública do tipo “matar o amigo” —assassinatos entre jovens mesmo sob o suposto da amizade— como precipitação do laço no real; e (IV) violências massivas e crimes contra a humanidade, com ênfase na mortandade de crianças e adolescentes, nos quais a destruição do semelhante se institui e se legitima em escala coletiva. O objetivo é oferecer uma leitura lógico-clínica para refletir sobre certas derivas contemporâneas em curso.

Palavras-chave

Parricídio, Genocídio; Discurso; Laço social; Pulsão de morte,

A Possible Logic: Parricide, the Malady of Youth, and Genocide

Text

Olga Mabel Máter

Escuela freudiana de Buenos Aires

mater.olga@gmail.com

Recepción: Marzo 2026 / Aceptación: Mayo 2026

Abstract

This paper proposes an articulation among heterogeneous terms: “parricide” (psychoanalytic discourse, Freud), the syntagm “le mal de la jeunesse” (Lacan’s “malady of youth,” 1972), and “genocide” (juridical-social discourse). We argue that their linkage is not governed by linear continuity, but by a torsional passage, formalized through the Möbius band as a conceptual operator.

From contemporary clinical practice, we observe mutations in subjectivation—weakening of the symbolic order, identificatory decline, drive deregulation, irruption of the real, and pushes tied to the death drive—and we relate them to Lacan’s pluralization of the names-of-the-father, in order to question certain current nominations that organize social bonds and foster segregative and dehumanizing practices.

As clinical-discursive indices of the present time, we examine: (I) the expansion of digital currencies and gambling among adolescents; (II) the emergence of “therians”; (III) publicly circulated offenses of the “killing a friend” type—murders among youths even under the assumption of friendship—as a precipitation of the bond in the real; and (IV) mass violence and crimes against humanity, with emphasis on the death toll of children and adolescents, where the destruction of the fellow human is instituted and legitimized on a collective scale. Our aim is to provide a logical-clinical reading to reflect on certain ongoing contemporary drifts.

Keywords

Parricid, Genocide, Speech, Social bond, death drive,

Una lógica posible: parricidio, mal de la juventud y genocidio

Texto

Olga Mabel Máter

Escuela freudiana de Buenos Aires

mater.olga@gmail.com

Recepción: Marzo 2026 / Aceptación: Mayo 2026

Introducción

Desde la clínica psicoanalítica contemporánea advertimos transformaciones en las modalidades de subjetivación, particularmente desde fines del siglo pasado. Estas mutaciones inciden directamente en los modos actuales de padecimiento y en las formas del lazo: se incrementan las presentaciones subjetivas atravesadas por el desamparo, la precarización del lazo social y la emergencia de modalidades de goce con menor mediación significativa, irrupciones de lo real que se imponen allí donde la palabra no logra anudar.

En este contexto, el debilitamiento de funciones de regulación simbólica —ligadas al campo del Otro (\mathcal{A}) y a la función del tercero— favorecen fenómenos de violencia, segregación y exclusión. Proponemos una lectura posible de ciertas lógicas discursivas que posibilitan degradar el estatuto del semejante y habilitan operaciones de deshumanización. El trabajo articula términos heterogéneos: “parricidio”, “le mal de la jeunesse” (el mal de la juventud) y “genocidio”. La apuesta es construir una lógica de enlace por torsión. La figura elegida para formalizar ese pasaje es la banda de Moebius: una superficie no orientable en la que lo que aparenta ser dos caras se verifica como una única superficie continua, de modo que el recorrido conduce de un “lado” al otro sin atravesar un borde. Esta formalización sostiene la hipótesis de que, cuando el borde simbólico se fragiliza, la función

lógico-mítica que funda la ley puede reaparecer bajo una torsión, con efectos que van desde el debilitamiento de las mediaciones hasta la habilitación de lógicas de segregación y eliminación del otro.

I. Planteo del problema

El problema de investigación se sitúa en un punto de tensión entre registros heterogéneos. Por un lado, el parricidio opera, en el discurso psicoanalítico, como función lógico-mítica para pensar la instauración de la ley y del lazo social. Por otro, el genocidio designa en el campo jurídico-institucional una práctica colectiva de destrucción sistemática de un grupo humano. Entre ambos, de acuerdo a nuestra lectura, ubicamos el sintagma “le mal de la jeunesse”, anunciado por Lacan en 1972, como indicador de un modo de malestar en el lazo contemporáneo.

La pregunta central consiste en precisar bajo qué condiciones discursivas una lógica de exclusión del otro puede imponerse como certeza compartida y orientar prácticas y decisiones que, en sus derivaciones, habilitan tanto salidas subjetivas (pasajes al acto, acting-out, consumos compulsivos, violencias entre pares) como dispositivos colectivos de violencia (segregación institucional, deshumanización, crimen masivo).

En esta doble vertiente, interesa distinguir, brevemente, tres nociones que suelen confundirse: el sujeto del inconsciente, el semejante y el prójimo. El sujeto del inconsciente se define por su división y por ser efecto entre dos significantes – el inconsciente estructurado como un lenguaje (Lacan, 1964) - ; el semejante, por la relación imaginaria de identificación y rivalidad; el prójimo, por el punto en que el otro se torna inquietante y excesivo, dada la primacía de los goces parasitarios.

Consideramos que el problema puede formularse del siguiente modo: ¿bajo qué condiciones discursivas y de época la fragilización de las mediaciones simbólicas —y la

proliferación de nominaciones que ordenan el lazo— incide en una mutación del lugar del otro, de modo tal que el semejante pueda ser reducido a resto, enemigo o “descartable”, habilitando derivas que van del pasaje al acto desplegadas en las manifestaciones individuales – del uno por uno - a manifestaciones colectivas de segregación y eliminación? Figura 1. Pluralización de los Nombres-del-Padre (mapa conceptual). Fuente: Elaboración propia con I.A.



La Figura 1 sitúa, de modo esquemático, el pasaje desde el significante del Nombre-del-Padre —en tanto soporte de la metáfora paterna y de una función de tercero que ordena el deseo y limita el goce— hacia la pluralización de los nombres del padre en la última enseñanza de Lacan. En esa pluralidad, a nuestro criterio, se inscriben las distintas versiones de la función: padre simbólico (inscripción de la ley y de la castración), padre

imaginario (identificaciones, rivalidad y consistencias del yo), padre real (punto de imposible que toca el goce) nominado además padre muerto (retorno superyoico), o señalado como el padre de la horda: excepción formalizable ($\exists x \neg \Phi x$) - existe al menos uno que no está sometido - que bordea el universal. A la vez, el mapa conceptual que compartimos reúne avatares subjetivos contemporáneos de anudamiento y suplencia que ocupan, según los casos, el lugar de esa función: los registros RSI y sus amarres, en tanto el sinthome como cuarto nudo, el superyó como instancia de mandato, el saber y los discursos como matrices del lazo, y las nominaciones (como el nombre propio y las referencias de religión/creencia) que pueden estabilizar de manera sintomática o sinthomática o, por el contrario, fijar posibles novelas o tragedias no ficcionadas sino fixionadas (fijación).

Este desplazamiento es decisivo para el problema de la investigación: en la medida en que el borde simbólico se fragiliza —es decir, cuando el significante deja de operar con la misma eficacia para introducir corte, sutura, empalme o metáfora— lo que suele irrumpir es un real menos regulado y menos “traducible” para el sujeto: no tanto un contenido reprimido que retorna, - en tanto efecto del mecanismo de la represión - sino un exceso que se impone como acontecimiento de cuerpo o como exigencia de goce.

En otros términos, allí donde lo simbólico ya no logra “hacer borde”, lo real puede presentarse como angustia sin nombre, fenómenos corporales que no se dejan subjetivar (descargas, inhibiciones bruscas, automutilaciones, somatizaciones, intoxicaciones), compulsiones sin relato, pasajes al acto y, en lo social, endurecimientos segregativos donde el otro es tratado como obstáculo o resto. No es que desaparezca el síntoma: cambia su estatuto, a nuestro criterio; se vuelve menos interpretable como mensaje, el sujeto es refractario a las asociaciones inconscientes y más cercano a lo que Lacan, en su última

enseñanza, ubica como letra o “acontecimiento de cuerpo”, donde el sentido ya no alcanza a metabolizar el goce.

Eso impacta directamente en el sujeto del inconsciente. El sujeto, en la enseñanza de Lacan, es un efecto de la lógica significante, en la hiancia entre S1 y S2, como sujeto dividido (\$). Si la cadena significante se empobrece, se rigidiza o pierde capacidad de mediación, el sujeto del inconsciente queda más expuesto a dos derivas complementarias. Por un lado, puede producirse una caída de la división subjetiva en favor de certezas y nominaciones que funcionan como fijación o fixiones, sustituyendo las interrogaciones subjetivas por respuestas certeras anticipadas. Por otro, el sujeto puede ser arrastrado hacia una posición de objeto de desecho (objeto @), capturado por circuitos de satisfacción que no pasan por la palabra, con un predominio del empuje pulsional y del mandato superyoico de goce. En ambos casos, el inconsciente no “desaparece”, a nuestro criterio, pero se vuelve menos legible, poco de sujeto en tanto discursivo y más insistente como real, o sea, en vez de un parlêtre un sujeto patentizado en lo real, se lo padece más de lo que se lo puede decir, la mudez de la pulsión de muerte comanda.

Desde una perspectiva clínica, el punto crucial es que la fragilización del borde simbólico tiende a desplazar, para el sujeto, la tramitación del conflicto desde la palabra —en tanto mediación que introduce un corte y acota el goce— hacia modalidades en las ante el malestar el sujeto se precipita o queda expuesto en y a lo real: pasajes al acto, descargas, segregación y el empuje a eliminar aquello que se presenta como obstáculo, como hemos mencionado anteriormente.

De este modo la cuestión del borde no es un mero detalle: cuando el borde falla, cambia el estatuto del semejante y cambia también el modo en que el sujeto del inconsciente puede sostener un lazo. De allí que el trabajo analítico —y, por extensión, los dispositivos de

psicoanalíticos — se proponen producir algún tipo de nuevo borde para un sujeto en análisis: un corte, una nominación singular, un amarre (RSI/sinthome) que permita que lo real no quede librado a su pura irrupción mortífera, sino que encuentre una forma de “inscripción” que no pase por la eliminación del otro ni por la autoeliminación del sujeto, así sea endeble dicho amarre, es, en tanto dirección de las curas, en el caso por caso, propiciar que no quede el sujeto como resto y a la deriva u ofertado a la caída o catástrofe subjetiva.

Así mismo cuando la función de excepción, que hace a la regla, se deslocaliza, la pluralidad de los nombres del padre, que ordenan el lazo puede operar como sostén singular o, por el contrario, como nominación que degrada el estatuto del semejante y vuelve disponibles prácticas de segregación y eliminación, en la torsión que aquí se interroga entre parricidio, “mal de la juventud” y genocidio.

II. Consideraciones epistemológicas

II.1. Estatuto de la lógica en psicoanálisis

En el marco de este trabajo, “lógica” implica el trabajo por aislar encadenamientos necesarios allí donde el sentido consciente fracasa: regularidades del síntoma, de la repetición y del malestar que se verifican en la experiencia clínica.

De acuerdo al Diccionario Internacional de Psicoanálisis Tomo 1 bajo la dirección de Alain de Mijolla (p. 776), entendemos por lógica en psicoanálisis:

Llamamos <lógicas> a las estructuras formales que determinan un orden coherente de encadenamiento de representaciones. Con el concepto originario, el psicoanálisis ha rechazado la cuestión de la lógica más acá del pensamiento consciente racional y constituido de las hipótesis sobre las modalidades primitivas de la representación

Desde sus primeros escritos hasta sus elaboraciones finales, Freud construye una lógica propia para pensar el funcionamiento psíquico, caracterizada por el rechazo de modelos lineales, causalistas o meramente descriptivos. Ya en el *Proyecto de psicología para neurólogos* (1895) y en la Correspondencia con Fliess, en particular en la Carta 52 (1896), propone un aparato organizado en sistemas de inscripción y retranscripción, regido por procesos de desplazamiento, traducción y retroacción. Esta perspectiva se profundiza en *La interpretación de los sueños* (1900), donde formaliza el trabajo del inconsciente a partir de mecanismos como la condensación y el desplazamiento, estableciendo una lógica específica, distinta de la racionalidad consciente. Posteriormente, con la introducción de las instancias psíquicas en *El yo y el ello* (1923) y con la segunda tópica, Freud complejiza este modelo al articular conflicto, identificación y pulsión. Finalmente, en textos tardíos como *Más allá del principio del placer* (1920), *Análisis terminable e interminable* (1937) y *Moisés y la religión monoteísta* (1939), radicaliza esta lógica al situar la compulsión de repetición, la pulsión de muerte y los límites estructurales del análisis. De este modo, la obra freudiana configura una lógica clínica y teórica fundada en la discontinuidad, y la sobredeterminación, una concepción no armonizable del sujeto, sino que el sujeto no es sin su mal-estar, tanto en relación al deseo como a los goces.

En síntesis, para Freud el término remite al esfuerzo por aislar regularidades de funcionamiento allí donde el sentido consciente fracasa: la lógica del síntoma, del retorno de lo reprimido, de la repetición y del malestar. En ese movimiento, Freud produce una lógica propia para lo inconsciente, distinta de la psicología de la conciencia: se trata de dar cuenta de encadenamientos necesarios (formaciones del inconsciente, compulsión de repetición, insistencia pulsional) que no se reducen al discurso de la intencionalidad. Desde sus inicios fundacionales del discurso analítico, Freud comparte en sus escritos su

perseverancia por elaborar y construir ciertas lógicas. Desde la lógica de la presencia de las obsesiones (1894-5) Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y etiología, al año siguiente un apartado del Proyecto¹ (1895) lo nomina Síntoma y su lógica, en la Carta 52 a Fliess, en La interpretación de los sueños², como en El chiste y su relación con el inconsciente (1905) otro apartado lo titula como: Chiste y su lógica, en Más allá del principio del placer (1920), en El yo y el Ello (1923), El malestar en la cultura (1930), entre algunas referencias freudianas sobre sus formulaciones lógicas y topológicas.

Desde esta perspectiva, consideramos “parricidio” en tanto, se inscribe como una función lógico-mítica en la estructura del sujeto, que permite formalizar la instauración de la ley, la ambivalencia hacia la autoridad y el costo pulsional que sostiene el lazo social (Freud, 1913; 1930). Lazo siempre precario entre renuncia, identificación y agresividad, lo cual vuelve legible que, cuando la regulación simbólica se debilita, la hostilidad pueda reaparecer con mayor crudeza en el vínculo con el otro (Freud, 1930).

Acerca de la noción de “lógica” en psicoanálisis, afirma Lacan durante el Seminario 9, puede distinguirse de la “lógica de los lógicos” (sesión del 11 de abril de 1962): se trata de una lógica, de acuerdo a su enseñanza: de la cosa, fálica, de la falta, del significante, del fantasma, de la pregunta por el padre, función lógica del objeto, de la función del goce, de lo real, del Uno, de los discursos, del no-todo, de la vida, del corte y del resto, donde la verdad no se deduce, sino que se produce en la praxis misma.

En nuestra lógica de analistas (...) ese punto llamado pulsión de muerte. (Lacan, 1961-1962, sesión del 23/05/1962)

¹ Freud da cuenta de un modelo de redes neuronales, trayectos de investidura y barreras. Destacamos las figuras que Lacan introducirá posteriormente de corte y superficie dividida.

² Freud da cuenta del aparato psíquico como un sistema espacial, y la censura como umbral. Destacamos que anticipa las elaboraciones lacanianas de la banda de Moebius y del cross- cap.

A su vez, Lacan sitúa que la falta —y la angustia como su índice— es condición de posibilidad de toda lógica en psicoanálisis, en tanto introduce el lugar donde el significante no sutura.

La angustia nos introduce... a la función de la falta. (Lacan, 2013, p. 145)

Desde esta perspectiva, sostenemos que la pulsión de muerte y la falta constituyen los pilares estructurales de las lógicas que organizan el campo del psicoanálisis.

En Freud la pulsión de muerte, introducida en *Más allá del principio del placer* (1920), da cuenta de una tendencia irreductible a la repetición y al retorno a un estado inorgánico, que desborda toda concepción homeostática del aparato psíquico. Esta dimensión introduce una lógica no teleológica del funcionamiento psíquico, regida por la compulsión a la repetición.

Lacan retoma y reformula esta problemática al inscribirla en una lógica estructural fundada en la falta y en la castración. A partir de su lectura de la lingüística, de la lógica matemática y de la topología, Lacan concibe al sujeto como efecto del significante, constituido alrededor de una carencia estructural simbolizada por el significante de la falta en el Otro (\bar{A}). Esta falta no remite a una privación empírica, sino a una imposibilidad lógica inherente al orden simbólico, que impide toda clausura del sentido y del lenguaje en general.

En este marco, la pulsión de muerte puede ser leída, en la enseñanza lacaniana, como la manifestación del empuje repetitivo del goce en torno a un vacío estructural. Dicha repetición se organiza según una lógica formal que Lacan articula con nociones provenientes de la teoría de conjuntos, la lógica proposicional y la topología de superficies no orientables. Así, mediante figuras como la banda de Moebius, el toro y el nudo borromeo, Lacan formaliza la relación paradójica entre continuidad y ruptura, presencia y ausencia, satisfacción y pérdida, que caracteriza al circuito pulsional.

La introducción de estos modelos matemáticos responde a “intentar” construir una escritura rigurosa acerca de lo real psíquico, allí donde el lenguaje ordinario resulta insuficiente. La topología permite dar cuenta de una lógica del sujeto en la que la falta y la castración, operan como punto de torsión estructural, y la pulsión de muerte como insistencia de un recorrido que retorna siempre al mismo lugar.

A partir de aquí, consideramos la falta, siguiendo a Freud y Lacan, una condición estructural del sujeto, - imaginaria, simbólica y real – y a la castración, como una forma específica de falta, siguiendo a Lacan en sus enseñanzas

De este modo, pulsión de muerte y falta son operadores lógicos fundamentales que organizan la estructura del deseo, del goce y de la repetición. Ambos introducen una racionalidad específica en el psicoanálisis, lógica fundada en la incompletud, la paradoja y la imposibilidad, que Lacan formaliza a través de la lógica matemática y la topología.

Recordamos que el psicoanalista francés, señala, por ejemplo, que “es el analizante quien hace al analista” (Seminario 15, sesión del 10 de enero de 1968) o “El interpretante es el analizante” (Seminario 19, sesión del 21 de junio de 1972, p.228), superficies topológicas para logicizar la constitución del sujeto y del análisis mismo.

En la enseñanza de Lacan, la sesión analítica se define en términos topológicos. A partir del recurso a superficies no orientables —en particular la banda de Moebius— y posteriormente al toro y al nudo borromeo, Lacan piensa la sesión como una operación de corte y empalme que introduce una torsión en la cadena significante. Este corte, en ocasiones, produce un efecto de emergencia subjetiva y, es esperable que se modifique o conmueva, de acuerdo a la singularidad de cada quien, el anudamiento entre lo Real, lo Simbólico y lo Imaginario. De este modo, la sesión funciona como un operador topológico.

Este estatuto de la lógica justifica el recurso a escrituras y formalizaciones — cuantificadores, matemáticas y topología— para precisar relaciones entre discurso, cuerpo y goce. En el presente artículo, dicha orientación permite sostener la articulación entre parricidio, “mal de la juventud” y genocidio para interrogar ciertos efectos en los lazos sociales y discursivos, en las manifestaciones clínicas individuales y en las manifestaciones colectivas, cuando se altera la consistencia del borde simbólico.

II.2 Delimitación disciplinar y método

El trabajo asume un estatuto metodológico heterogéneo por los términos que pone en relación y por el intento de evitar dos reduccionismos: psicologizar lo social (leer lo colectivo como “síntoma ampliado”) o sociologizar la clínica (deducir el padecimiento de un contexto como causa externa). En este marco, la articulación entre clínica y lazo social se sostiene como una hipótesis lógica de lectura, dada la relación moebiana entre el sujeto (\$) y el Otro (A).

Freud introduce la figura del padre primordial o protopadre en *Tótem y tabú* (1912–1913) como un operador lógico-mítico que formaliza la constitución de la ley, de la prohibición del incesto y de la organización social. El padre de la horda monopoliza el goce y encarna una excepción absoluta a la regla común. Es una función estructural e introduce la ley por su eliminación. Su asesinato funda el orden simbólico, la ambivalencia hacia la autoridad y denota el costo pulsional que implica como parlêtre en una cultura. Pero el crimen fundador nunca queda clausurado: retorna como deuda y culpa aumentando las tensiones, en ocasiones, superyoicas o por excesivas o por su endeblez.

El muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida; todo esto, tal como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos. (Freud, 1992, O.C. Vol. XIII p. 145)

El sintagma “mal de la juventud” no se toma como diagnóstico generacional ni explicación sociológica, sino para localizar un punto de torsión del discurso: allí donde la transmisión se empobrece, el tercero se debilita y el imperativo de goce se presenta con mayor desnudez. En consecuencia, la articulación propuesta se entiende como una lectura lógica posible “entre discursos”: no deduce lo jurídico de lo clínico ni lo social de lo intrapsíquico.

Por su parte, el genocidio pertenece a un registro normativo e institucional. La categoría se organiza en torno a criterios de tipificación, intencionalidad, prueba y atribución de responsabilidad. En términos estrictamente jurídicos, la Convención de 1948 lo define por la intención de destruir a un grupo en tanto tal. De acuerdo a la Convención para la prevención y la sanción del delito de genocidio, 1948, art. ii “con la intención de destruir, total o parcialmente, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso”.

Mientras el parricidio opera como mito estructurante del sujeto, el genocidio representa la destrucción sistemática de la alteridad en el plano colectivo. Su articulación permite pensar las derivas contemporáneas de la violencia como efectos de una crisis de los dispositivos simbólicos, institucionales y subjetivos que sostienen la convivencia humana.

Es en este sentido, las reflexiones sobre ambos términos apunta a construir un campo de problematización que permita interrogar, a nuestro criterio, el presente a partir de las manifestaciones psíquicas individuales y colectivas.

III. Parricidio y lazo: del mito a la función

Freud introduce la figura del padre primordial como operador mítico: el asesinato del padre funda un pacto, pero inaugura también una repetición. En la clínica, a nuestro criterio, como categoría estructurante del psiquismo, parricida – en el mejor de los casos

reprimida – es posible leer allí – a nuestro criterio - como borde de la ley y como marca de ambivalencia: odio y amor en relación con la autoridad, la deuda simbólica y sus retornos.

Marta Gerez Ambertín propone un enunciado muy elocuente para situar la importancia estructurante de esta función estructurante “... En un principio fue el parricidio” (2023, p. 31).

La autora señala acerca del parricidio y su relación con el sentimiento de culpa inconsciente, la añoranza al padre y el sacrificio y afirma que:

[...] no-todo-el-padre-terrible es sustituido en el pacto de los hermanos, queda un resto, un envés del padre muerto que, como espectro, amenaza retornar. Este padre ya no es, obviamente, el padre primordial sino el resto que queda del padre muerto; lo que no logró sacralizarse, hacerse puro símbolo. Residuo real [...] (2023, p.p. 54-55)

Agrega luego:

El padre que protege y preserva la vida también ataca y lleva a la muerte. Por un borde moebiano se desliza el padre maldito y sanguinario junto al padre purificado, pura bondad [...] la moción maligna que, como eso desconocido, puja en tanto resto de lo real del padre muerto, aterroriza como espectro, y comanda hacia el asesinato o hacia el suicidio. (2023, p. 55)

Padre bondadoso o ancestral, afirmara Marta Gerez Ambertín, siguiendo a Freud no deja de retornar, resto del parricidio inaugural presente en la humanidad.

Pierre Legendre afirma en Lecciones VIII: El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre” (1994)

La función paterna es una operación jurídica, en el sentido de que instituye la referencia absoluta que funda la subjetividad humana y la inscripción del sujeto en el orden de la ley. (1994, p. 27)

El autor señala:

Todo homicidio es un parricidio, porque atenta contra el principio de razón y trastoca la referencia absoluta. A partir del parricidio se inauguran los inicios del orden penal humano. (1994, p. 35)

A partir de los autores, a nuestro criterio, todo homicidio es parricidio, y del parricidio hay un resto espectral del padre muerto, entonces ¿podemos sostener que el genocidio moebianamente pone en acto y de manera colectiva y en lo real, el goce parricida de la humanidad para autodestruirse creyendo que solo destruye al otro?

IV. El mal de la juventud (“Le mal de la jeunesse”): ¿Un nuevo discurso bisagra ?

En 1972, Lacan enuncia, durante la conferencia de Milán nominada Del discurso psicoanalítico, “*el mal de la juventud*” como un posible nuevo discurso, que responde al malestar estructural debido al declive de la función paterna y a la lógica del capitalismo (sociedad de consumo, goce ilimitado, sin reglas, que promueve nuevas subjetividades y que se manifiesta por el “grito” y la formación de nuevos síntomas contemporáneos).

Señala Lacan³ - de acuerdo a nuestra traducción bilingüe y crítica en español (2025, p. 43)

Freud es absolutamente impensable antes de la emergencia, no solamente del discurso de la ciencia, sino también de sus efectos, de sus efectos que son, bien entendidos, siempre más evidentes, siempre más patentes, siempre más críticos, y por lo cual después de todo uno puede considerar [...] no se ha hecho todavía, quizás un día haya un discurso llamado así: < el mal de la juventud > .

³ En francés : *Freud est absolument impensable avant l'émergence, non seulement du discours de la science, mais aussi de (51) ses effets, de ses effets qui sont, bien entendu, toujours plus évidents, toujours plus patents, toujours plus critiques, et dont après tout on peut considérer [...] on ne l'a pas encore fait, peut-être un jour il y aura un discours appelé, comme ça: « le mal de la jeunesse ».*

Mais il y a quelque chose qui crie... et une nouvelle fonction qui ne manquera pas de surgir, n'est-ce pas, d'aborder peut-être, sauf accident, un re-départ dans l'instauration de ce qui est... de ce que j'appelle discours.

Pero hay algo que grita... y una nueva función que no dejará de surgir, no es cierto, de abordar quizás, salvo accidente, una re-partida en la instauración de lo que... yo llamo discurso. (Traducción nuestra)

De este modo el mal o enfermedad de la juventud, a nuestro criterio, no describe un grupo etario, sino una posición subjetiva o un nuevo “discurso” o “seudo – discurso”.

Sostenemos, siguiendo al psicoanalista francés, quien en el Seminario 17 afirma que:

lo que se produce en el paso del discurso del amo antiguo hasta el del amo moderno, que llamamos capitalista, es una modificación en el lugar del saber (p. 32)

Lacan sitúa el malestar juvenil en el marco del discurso universitario, donde afirma que la revuelta estudiantil no cuestiona la estructura del discurso, sino que reclama un nuevo amo. Allí mismo articula el saber como un instrumento de dominación y subraya el rechazo estructural al saber, desarrollado luego en el Seminario XVIII (1971) meses antes de la conferencia en cuestión, y de introducir dicho sintagma, vinculado al declive de los semblantes y a la emergencia de nuevas formas de segregación.

La pertinencia del sintagma, en tanto, un modo contemporáneo de malestar, desde la clínica se leen dichas fallas – aunque siempre fallida por estructura - en la transmisión, o acerca de la fragilización de los ideales o exposición a los mandatos superyoicos de goce.

Nuestro porvenir de mercados comunes encontrará su contrapeso en la expansión cada vez más dura de los procesos de segregación. (Lacan, 2012, p. 276)

A su vez, la lectura de Braunstein sobre el “discurso de los mercados” permite situar un rasgo de época: la anonimidad del agente y la centralidad de objetos tecnocientíficos que, como servomecanismos, reorganizan identificaciones y modalidades de satisfacción. En palabras del autor: “el amo se ha vuelto anónimo e impersonal” (Braunstein, 2012, p. 155).

“Mal de la juventud” (1972) como operador o indicador privilegiado de lectura acerca de la época, es a nuestra consideración, una bisagra, ¿un modo de nombrar una discursividad que incide en los lazos sociales, los cuerpos y los desvaríos de los goces?

El “discurso capitalista” en Lacan es una formalización: una escritura de relaciones entre lugares (S1, S2, \$, a) que muestra una economía donde el circuito se acelera, se reduce la mediación, y el objeto @ es empujado al centro como plus de goce. En ese marco, el límite simbólico se debilita: se promete una satisfacción accesible, contable, renovable, y el sujeto queda capturado en una lógica de consumo, rendimiento y sustitución permanente. El superyó, aquí ya no prohíbe sino que ordena gozar. La consecuencia clínica, con variaciones, es un aumento de fenómenos de desregulación, pasajes al acto y dificultades para tramitar por la palabra aquello que irrumpe como real.

El “mal de la juventud” no es una fórmula estructural del mismo tipo, en la enseñanza lacaniana, no tiene el estatuto de una escritura discursiva, sino el de un sintagma que Lacan lanza como hipótesis de época para nombrar un modo de malestar ligado a las coordenadas discursivas contemporáneas. Es decir, un estilo de lazo donde se vuelve más frágil la transmisión, la referencia al Otro y la inscripción de la ley, y donde el empuje al goce aparece menos mediado por semblantes.

Bisagra en tanto que permite decir que hay un discurso que “hace padecer” de un modo nuevo, con efectos específicos en los cuerpos, en las identificaciones y en las formas de violencia entre semejantes.

La similitud principal es que ambos permiten leer un debilitamiento de las mediaciones simbólicas y una intensificación del imperativo de goce, con efectos de segregación. En ambos, el otro puede perder estatuto de sujeto de palabra y quedar reducido a rival, obstáculo o desecho, según la lógica imaginaria y el retorno de lo real. La diferencia

decisiva es el nivel de formalización y de alcance: el discurso capitalista es un operador teórico general que sitúa la lógica del mercado en el corazón del lazo y del goce; en cambio, el “mal de la juventud” nombra un modo particular de presentación del malestar contemporáneo, especialmente visible en fenómenos donde se altera la articulación entre deseo, ley y lazo.

De este modo el “mal de la juventud” puede pensarse como una nominación clínica-política de ciertos efectos del discurso capitalista (y de sus derivados) sobre el lazo entre generaciones, la consistencia – en ocasiones de manera feroz - identificatoria y la tramitación de la agresividad.

No son sinónimos: uno formaliza la maquinaria; el otro nombra un tipo de sufrimiento y de lazo que esa maquinaria favorece.

Rigurosamente no cuenta con los requisitos para constituirse como discurso, pero indudablemente, tampoco el discurso capitalista, lo cumpliría, sin embargo sus efectos son elocuentes en las subjetividades y en los pueblos.

N. Braunstein (2004) expone en México en su seminario una pregunta si el discurso de los mercados sería un sexto discurso, años después regresa a ella en su libro *El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista* (2012) y lo nomina *El discurso PST, pestilente, discurso de los mercados. ¿Sexto discurso?*, y se pregunta:

¿Ha ya entrado en escena un nuevo discurso, no del amo ni del capitalista, sino uno inédito, diferente de sus dos precursores, el discurso PST o pestilente o pos-industrial o post-capitalista o, lisa y llanamente de los mercados, con una estructura distinta del mensaje pontificio y sus resonancia teocráticas [...] ¿Hay en estos tiempos, una novedad, un tercer avatar del amo, caracterizado por un discurso anónimo, ateo y amoral que cabalga montado en las tecnociencias y sus aplicaciones servomecánicas? [...] ¿Tenemos derecho a afirmar que ya irrumpió ese nuevo discurso?

Respondemos de modo tajante, asumiendo el riesgo de ser acusados de apresuramiento: sí. Y con muchas razones [...] un nuevo modo de producción, de un nuevo amo, de una nueva organización social” (2012, p. 149 - 150)

Braunstein distingue tres discursos del amo: esclavista, capitalista y el de los mercados, - que no se sustituyen ni desplazan al anterior por completo - y subraya cada nuevo discurso se relaciona con nuevos modos de producción y modos de la escritura, siendo este último, el que vincula con la aparición de la escritura digital y el libro en formato virtual, y señala:

[...] el amo se ha vuelto anónimo e impersonal [...] ¿Es el libro virtual el último avatar de la aventura gramatical de la humanidad? Nadie podría asegurarlo pero es poco probable que así sea. ¿Qué lo reemplazará? Nadie lo sabe pero lo que sí puede asegurarse es que el ritmo de las innovaciones no es el de un moto perpetuo sino el de un crescendo que parece sin límites (2012, 155 - 157)

Y una década después lo ha reemplazado la Inteligencia artificial, y ya es posible sin estar en línea, internet como servomecanismo (Braunstein, 2012, p. 179) puede ausentarse, los datos están sin conexión omnipresentes y ya no solo omniabarcativos.

V. Pasaje por torsión: formalización topológica mediante la banda de Moebius

Freud en la Carta 52 a Wilhelm Fliess (1896) anticipa, de modo preliminar, una lógica de torsión entre interior y exterior, entre lo dicho y lo reprimido, que puede leerse retrospectivamente como una proto-formalización topológica o proto-banda de Moebius como fundamenta Marta Gerez Ambertín, en *Superyó y sexuación. Clínica de la no relación sexual* (2025, pp. 163-183).

En la enseñanza de Lacan, la topología opera como operador de formalización. En este marco, la banda de Moebius —superficie no orientable obtenida mediante una torsión que

anula la distinción estable entre “anverso” y “reverso”— permite formalizar una lógica en la que interior y exterior no se oponen como dominios separados, sino que se continúan por un pasaje de borde.

Lacan introduce y trabaja explícitamente la banda de Moebius en el Seminario IX, *La identificación* (1961–1962), y retoma su alcance estructural en desarrollos posteriores sobre las superficies (en particular, el Seminario XIII, *El objeto del psicoanálisis* (1965–1966), y el Seminario XIV, *La lógica del fantasma* (1966–1967)). La referencia a la banda de Moebius sostiene una tesis fuerte: la consistencia del sujeto no se deduce de una interioridad psicológica, sino de una estructura de borde y torsión donde el decir, el cuerpo y el goce se enlazan sin reducirse a una oposición binaria (Lacan, 1961–1962; 1965–1966; 1966–1967).

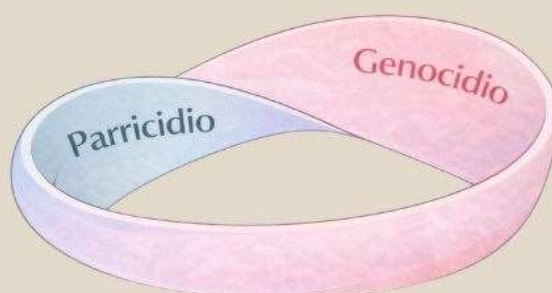
Esta formalización puede ponerse en serie con el esfuerzo freudiano por pensar el aparato psíquico más allá de un esquema lineal o meramente “interior”. En la Carta 52 a Fließ (1896) Freud propone un modelo de inscripciones estratificadas (huellas, retranscripciones, traducciones) y de temporalidad no lineal —en particular, la eficacia retroactiva— que vuelve problemática cualquier frontera simple entre “adentro” y “afuera” del psiquismo (Freud, 1896). Asimismo, en la “Nota sobre la pizarra mágica” (1925) Freud ofrece un dispositivo para pensar la coexistencia de marca y borramiento, inscripción y persistencia del rastro, como lógica material de la memoria y de la represión (Freud, 1925). Leídas con Lacan, estas elaboraciones freudianas abren la vía para situar que lo reprimido no constituye un “contenido interno” clausurado, sino un modo de inscripción que retorna por vías indirectas y que afecta la superficie misma del decir.

De este modo, la banda de Moebius permite formalizar —en continuidad con Freud y por la vía lacaniana— que el sujeto está afectado por una torsión estructural: lo dicho no se

opone linealmente a lo reprimido, sino que se articula con él mediante una lógica de borde, retorno y reversión. En términos topológicos, lo que aparece como “exterior” (lo que irrumpe, lo que retorna, lo que no encaja) no es simplemente un afuera empírico, sino un efecto de la estructura misma; y lo “interior” no se sostiene como esfera autónoma, sino como resultado de esa torsión que Lacan formaliza con superficies (Lacan, 1961–1962; 1965–1966). Esta perspectiva habilita una lectura el sujeto se define por la incidencia del significante y por la consistencia de un borde donde se juega el encuentro entre discurso y real.

La noción de “pasaje por torsión” nombra el modo específico en que este trabajo pone en relación parricidio, “mal de la juventud” y genocidio. No se trata de un pasaje evolutivo, acumulativo ni causal. Es una conexión estructural que se produce cuando cambia la consistencia del lazo: bajo determinadas condiciones discursivas, un operador que cumple una función en el orden simbólico puede reaparecer transformado en otro registro, sin que por ello se confundan los planos.

Figura 2. Banda de Moebius: “Parricidio” y “Genocidio”. Archivo: “Moebius Parricidio - Genocidio.png”. Fuente: elaboración propia con I.A.



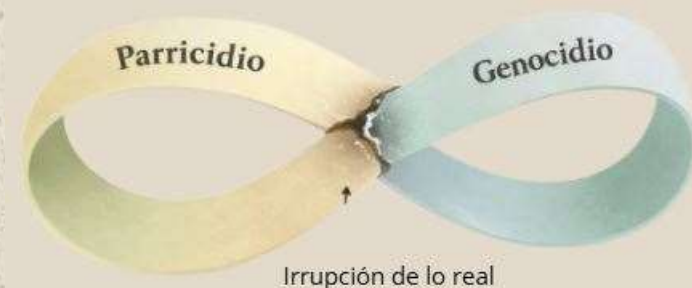
La Figura 2 formaliza el eje parricidio–genocidio como torsión: lo que aparece como dos “caras” (fundación de la ley / destrucción serial del semejante) se continúa en una sola superficie, de modo que el pasaje de una a otra no se da por corte, sino por inversión. La banda permite sostener que hay continuidad estructural entre ambas caras.

Figura 3. Banda de Moebius: “Parricidio”, “Mal de la juventud (discurso)” y “Genocidio”. Archivo: “Parricidio. Genocidio. Mal de la juventud.png”. Fuente: Elaboración propia con I.A.



La Figura 3 ubica al “mal de la juventud” como bisagra en la torsión: un nombre para un régimen discursivo donde se intensifica el imperativo de goce y se erosionan mediaciones, haciendo más probable que el conflicto no se tramite por la palabra sino por soluciones en lo real.

Figura 4. Punto de irrupción de lo real en la torsión del lazo. Archivo: “Parricidio.Genocidio figura.JPG”. Fuente: elaboración propia con I.A.



La Figura 4 destaca un punto de ruptura interna en la continuidad: la irrupción de lo real como lugar donde el borde simbólico falla y la respuesta puede precipitarse por vía del acto. Esta marca resulta útil para pensar que la torsión no es una continuidad armónica, sino una superficie atravesada por puntos de desanudamiento.

V.1. La excepción como borde lógico: del padre de la horda a la segregación

En Freud, el parricidio del padre primordial opera como mito lógico de fundación: al instaurar la prohibición y el pacto fraterno, introduce un límite que organiza el lazo social. Lacan retoma esta función y la formaliza en el Seminario XX mediante las fórmulas de la sexuación. En el lado llamado “masculino”, escribe el universal de la función fálica y su condición de borde: $\forall x \Phi x$ (“todo x está sometido a la función fálica”) y $\exists x \neg \Phi x$ (“existe al menos uno que no está sometido a la función fálica”). Más allá del debate sobre los nombres —“padre de la horda”, “uno-excepción”— el punto formal es decisivo: sin excepción no hay universal consistente, porque el universal se sostiene por un borde lógico, la excepción (Lacan, 2011).

Esta escritura permite precisar el estatuto del parricidio más allá de un acontecimiento originario: se trata de un operador estructural que bordea el goce y hace lugar a una

legalidad simbólica. El padre de la horda, en tanto excepción, no se entiende como “modelo” empírico sino como función lógica. La consecuencia clínica y cultural es que, cuando esa función no encuentra modo de tramitarse simbólicamente —como ley, Nombre-del-Padre, ideal o tercero—, el lazo tiende a reorganizarse por otras vías.

Nuestra formulación acerca de un fenómeno contemporáneo, podría resumirse en: “queda solo $\forall x \Phi x$ sin excepción real”. Esto no significa que la excepción deje de existir, porque la estructura siempre la requiere; indica, más bien, que se deslocaliza (no hay un lugar simbólico para alojarla), o se encarna de modo imaginario-real (líder, banda, “amo feroz”), o retorna como superyó: imperativo de goce y violencia. En ese punto, se vuelve especialmente pertinente la advertencia de Lacan sobre la deriva segregativa de los discursos modernos.

Cuando la excepción no se tramita simbólicamente, el conjunto social tiende a organizarse por identificaciones de masa, segregación y expulsión del diferente. Allí el semejante puede devenir “descartable”: ya no contado como sujeto de palabra, sino capturado como resto.

VI. Índices clínico-discursivos contemporáneos

Constatamos en nuestra clínica, con frecuencia, una dificultad creciente para tramitar la conflictiva psíquica mediante recursos del lenguaje, con correlatos en pasajes al acto, acting-out y manifestaciones de agresividad dirigidas al semejante o al propio cuerpo. En una época en la que se debilitan anclajes simbólicos, los nombres que circulan en el lazo pueden operar como “nombres del destino”: designaciones que fijan al sujeto a un lugar y a un modo de goce, a veces bajo la forma del estigma o de la segregación.

A modo de índices clínico-discursivos señalamos cuatro fenómenos contemporáneos.

En primer lugar, la expansión de monedas digitales y prácticas de inversión y apuesta en adolescentes puede leerse como emblema de una lógica de aceleración, sustitución y promesa de satisfacción inmediata. La repetición, cuando se torna compulsiva, vuelve legible un circuito donde el objeto técnico organiza la satisfacción y el sujeto queda capturado por automatismos y los servomecanismos. De la ilegalidad del juego en el siglo pasado a que dichas empresas sean sponsors de equipos deportivos y en campañas publicitarias de los diferentes medios de comunicación y formatos digitales.

En segundo lugar, la emergencia de jóvenes que se autoperciben “therians” interroga la consistencia del cuerpo y las coordenadas identificatorias. Sin precipitar diagnósticos, interesa ubicarlo como una modalidad contemporánea de nominación que busca dar consistencia a lo viviente por una vía menos intervenida por el Otro. ¿Resto de la animalidad del tótem que nos habita? ¿Desmantelamiento de las subjetividades?

En tercer lugar, la escena contemporánea de “matar al amigo” introduce un índice inquietante: asesinatos entre jóvenes aun bajo el supuesto de amistad. Estos hechos, amplificados por su difusión pública, vuelven legible una precipitación del lazo en lo real cuando falla la mediación de un tercero. Desde el psicoanálisis, el lazo fraterno no se sostiene únicamente en la identificación imaginaria —la semejanza, la complicidad, la ternura—, sino en la inscripción simbólica que introduce la diferencia y la mediación de la ley. Freud ya había advertido en *Tótem y tabú* que la fraternidad se funda en el asesinato del padre y en la instauración de la prohibición, lo que permite que los hermanos no se destruyan entre sí. Lacan, por su parte, subraya que el Otro como tercero es condición para que el vínculo no se reduzca a rivalidad especular.

Cuando ese tercero se eclipsa, la fraternidad se degrada en pura rivalidad imaginaria. El “matar al amigo” se vuelve entonces un síntoma social: la ternura fraterna se precipita en

violencia, mostrando que la amistad sin mediación simbólica puede devenir mortífera. La escena contemporánea expone así el límite de la fraternidad como sostén del lazo social, y la necesidad de un orden jurídico y simbólico que regule la pulsión de muerte.

En este sentido, la difusión pública de estos crímenes no solo los convierte en espectáculo – recordando el libro de Guy Debord (1967) *La sociedad del espectáculo* - y emblema que se propone a la masa como vía identificatoria, sino que ¿los inscribe en el campo de lo legible? el asesinato del amigo revela la fragilidad del lazo social cuando la función paterna –como operación jurídica, en términos de Legendre— no logra sostener la diferencia. La fraternidad y la ternura, sin el anclaje de la ley, se muestran insuficientes para contener la violencia que emerge del imaginario.

En *Tótem y tabú* (1913), Freud describe la escena mítica de la horda primitiva: los hijos se rebelan contra el padre primordial, lo asesinan y lo devoran en la llamada “fiesta totémica”. Este acto inaugura la fraternidad, pero también la amenaza de la rivalidad fratricida. Tras la muerte del padre, los hermanos temen matarse entre sí porque la eliminación de la figura paterna deja expuesta la pulsión de muerte en su forma más cruda. La prohibición del incesto y la instauración del tabú del parricidio funcionan entonces como mediaciones simbólicas que evitan que la fraternidad se degrade en violencia fraterna.

Desde el psicoanálisis, esta advertencia freudiana puede leerse, a nuestro criterio, como un antecedente de la escena contemporánea en la que los amigos —hermanos simbólicos— se matan entre ellos. El asesinato del amigo, reactualiza la advertencia de los hijos del protopadre: sin la mediación de la ley y del tercero simbólico, la fraternidad se precipita en lo real como violencia. La ternura entre pares, sin sostén simbólico, se revela insuficiente para contener la rivalidad imaginaria. En este sentido, los crímenes entre jóvenes bajo el supuesto de amistad pueden pensarse como una repetición de la amenaza que Freud situó

en el origen de la cultura: la fraternidad sin padre, sin ley, se convierte en un campo de riesgo. La fiesta totémica, que inaugura la fraternidad, lleva consigo la advertencia de que los hermanos podrían matarse entre sí si no instituyen un pacto.

La escena contemporánea del “matar al amigo” muestra la fragilidad de ese pacto cuando el tercero simbólico, el Otro en sus diversas modalidades se eclipsa, ¿reedición, residuos de la horda primitiva y salvaje?

En cuarto lugar, las violencias masivas y crímenes de lesa humanidad permiten ubicar el punto en que la destrucción del semejante se instituye y se legitima a escala colectiva: no como exceso contingente, sino como operación discursiva que produce “enemigo”, suspende el reconocimiento del otro como semejante y autoriza la anulación.

Desde el psicoanálisis, Freud, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), mostró cómo el lazo colectivo puede organizarse alrededor de identificaciones que excluyen y degradan a quienes no participan de ellas. La masa, sostenida por un líder o por un discurso, puede transformar al semejante en objeto de odio, borrando la fraternidad y la ternura que sostienen el lazo social.

La producción del “enemigo” es entonces una operación simbólica que legitima la violencia: el otro deja de ser reconocido como semejante y se convierte en objeto de anulación. En términos lacanianos, se trata de una suspensión del registro simbólico que permite que lo real de la pulsión se despliegue sin mediación. La violencia masiva no es un accidente, sino el resultado de un discurso que organiza la exclusión y la destrucción.

Así, los crímenes de lesa humanidad muestran el límite extremo de la fraternidad: cuando el pacto simbólico se rompe, la comunidad puede instituir la violencia como norma. La advertencia freudiana sobre la amenaza fratricida se amplifica aquí a escala colectiva: sin la mediación del tercero, del Otro de la justicia, la fraternidad se degrada en exterminio. La

ternura, que debería sostener el lazo entre semejantes, queda eclipsada por la lógica del enemigo, revelando la fragilidad del orden simbólico frente al predominio de la pulsión de muerte.

La hegemonía de los discursos amos adaptacionistas, biólogos que retornan del siglo XIX enmarcan la discursividad actual de la globalización del odio, descartables los humanos... prima el discurso de los mercados en un capitalismo sin fronteras.

Conclusiones

La propuesta de nuestro trabajo es sostener una lógica de enlace por torsión entre tres términos heterogéneos: parricidio, “mal de la juventud” y genocidio. La banda de Moebius ofrece una herramienta formal para pensar cómo, a nuestro criterio, se presentan ciertos cambios en los lazos sociales y en las prácticas discursivas. Desde un operador estructural lógico – mítico (parricidio) que introduce ley y límite, fenómenos clínicos donde el acto sustituye la palabra, hasta modalidades colectivas de deshumanización y eliminación.

La pluralización de los Nombres-del-Padre permite situar nominaciones contemporáneas que organizan destinos y lazos, a veces a costa de expulsar al otro de la condición de semejante. Los fenómenos trabajados —monedas digitales y apuestas, “therians”, “matar al amigo”, violencias masivas— se proponen como índices clínicos y sociales para interrogar coordenadas actuales del goce, y de la autorización a dañar o dañarse.

En este marco, el aporte de Lacan respecto de la función de excepción permite precisar la lógica parricida–genocida. La formalización del Seminario XX muestra que el universal se sostiene por un borde lógico: $\forall x \Phi x$ requiere $\exists x \neg \Phi x$. Leída en serie con el mito freudiano del padre de la horda, esta escritura permite ubicar que el parricidio no funda una

pacificación, sino un límite siempre precario, sostenido por una excepción que bordea el goce.

Cuando en la época el lugar simbólico de esa excepción se debilita o se deslocaliza, la excepción no “desaparece”: se desplaza y retorna. Puede encarnarse en figuras imaginario-reales (bandas, líderes, amos feroces) o retornar como superyó bajo la forma de un imperativo de goce que empuja al sujeto a soluciones inmediatas, violentas y segregativas. Este retorno resulta crucial para nuestras conclusiones: allí donde queda solo “ $\forall x \Phi x$ sin excepción real”, el conjunto tiende a organizarse por identificaciones de masa y por expulsión del diferente. En esa torsión del lazo, el semejante puede devenir descartable: ya no contado como sujeto de palabra, sino reducido a resto. Desde aquí, el genocidio se vuelve pensable como extremo de una lógica de serialización del otro, donde la eliminación ya no se presenta como transgresión, sino como un procedimiento legitimado.

Desde la clínica, las presentaciones de quienes consultan evidencian, con frecuencia, por ejemplo, que RSI, como uno de los nombres del padre, se anuden de manera diversa a los cuadros psíquicos de neurosis o psicosis tradicionales, interrogando al analista acerca de la dirección de las curas. Así mismo, en cuanto a la mujer barrada como uno de los nombres del padre se la pretende hacer consistir de manera imperiosa, rivalidades sin velos, y pasajes al acto, menos novelas y más tragedias, el amor deviene pasión que se despliega en las redes sociales sin mediación y sin pausa.

La relación con el semejante, actualmente, en las manifestaciones individuales y colectivas, tiende a cerrarse en una lógica binaria y excluyente. En ese cierre, el otro ya no funciona como partenaire de intercambio simbólico, sino como obstáculo o amenaza, y la salida puede precipitarse en lo real.

En nuestra época, el prójimo retorna como inquietante y, correlativamente, se intensifica la tentación de responder por la vía del rechazo, del acto o de la deshumanización, las venganzas digitales, humillar al otro en el escenario de la vida cotidiana, se reitera de manera relevante. ¿Cuál es la ruptura en la matriz de las subjetividades o en el lazo con el otro/ Otro (A) para mutar de humanos en animales salvajes?

Para concluir, y proseguir en otro tiempo, si todo homicidio es parricidio (Legendre, 1994), y del parricidio hay un resto espectral del padre muerto (Gerez Ambertín, 2023), entonces ¿podemos sostener que el genocidio pone en acto, de manera colectiva y en lo real, el goce parricida de la humanidad para autodestruirse creyendo que solo destruye al otro? Consume sin advertirse es consumido (discurso capitalista) algunos matan suponiendo canallescamente que ellos serán la excepción...

Desde esta perspectiva, la relación entre sujeto, semejante y prójimo se reconfigura cuando el lazo deja de tramitarse por la palabra y tiende a resolverse en lo real, en sintonía con la advertencia lacaniana sobre los impasses del discurso en la época, lo cual, a nuestro criterio, ratifica las mutaciones en las modalidades de subjetivación, los “relatos salvajes” contemporáneos y un planeta que zigzaguea con la posibilidad de una tercera guerra mundial.

La “estupidización” constituye hoy —a nuestro criterio— una modalidad contemporánea de defensa frente a la irrupción de lo real. Puede presentarse como un entrampamiento defensivo, pero también como efecto de una carencia de recursos subjetivos para tramitar por la vía del decir aquello que desborda. En ambos casos, no se trata de un déficit intelectual, sino de una posición subjetiva que tiende a aplanar la pregunta, a suspender la elaboración y a sustituir la división del sujeto por una inercia que anestesia. Esta forma de “huida” se vuelve especialmente legible en contextos donde proliferan excesos de goce —

mandatos de satisfacción, consumos y circuitos de descarga— que presionan sobre el cuerpo y empobrecen la mediación simbólica. Así, el campo del deseo se ve comprometido: se debilita su operatoria como falta y como causa, y en su lugar se intensifica una lógica de satisfacción inmediata que obtura el intervalo necesario para que algo del sujeto pueda advenir en la palabra.

La apuesta clínica que se desprende es ética: producir mediación por la palabra allí donde el lazo tiende a desplegarse en lo real. En un contexto de aceleración y homogeneización, sostener el discurso analítico implica apostar por lo singular frente al imperativo de goce y frente a las lógicas segregativas que, en distintos niveles, empujan a la anulación del semejante, a lo humano condenando al grito animal.

Bibliografía

BRAUNSTEIN, N. (2012) *La teoría lacaniana de los discursos en El inconsciente, la técnica y el discurso capitalista*, p. 148-177. México: Siglo XXI.

CONVENCIÓN PARA LA PREVENCIÓN Y LA SANCIÓN DEL DELITO DE GENOCIDIO. (1948) Naciones Unidas.

DICCIONARIO INTERNACIONAL DE PSICOANÁLISIS (2007) Tomo 1 bajo la dirección de Alain de Mijolla. Madrid. Ediciones Akal S. A. [2002]

FREUD, S. (1992) Tótem y tabú. En *Obras completas*, Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu [1912-1913].

GEREZ AMBERTÍN, M. (2025) Superyó, inconsciente y voz: topología del aparato psíquico freudo-lacaniano., en *Superyó y sexuación. Clínica de la no relación sexual* pp. 163-183. Buenos Aires: Letra Viva.

GEREZ AMBERTÍN, M. (2023) *Las voces del superyó en la clínica psicoanalítica y en el malestar en la cultura* (4ª ed.). Buenos Aires: Letra Viva.

LACAN, J. (2012) Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela. En *Otros escritos*, p. 271-299. Buenos Aires: Paidós.

LACAN, J. (2011) *El Seminario, Libro 20: Aún*. Buenos Aires: Paidós [1972-1973].

LACAN, J. (2025) Del discurso psicoanalítico. Conferencia de Milán (1972). Versión crítica y bilingüe a cargo de Olga M. Máter. Disponible en: <https://olgamater.com/wp-content/uploads/2026/01/Version-critica-bilingue.-Del-discurso-psicoanalitico.docx.pdf>

MATER, O.M. Una lógica posible: parricidio, mal de la juventud y genocidio. Texto. INFEIES – RM, 15 (15). Debates contemporáneos. Mayo 2026: <http://www.infeies.com.ar>

LEGENDRE, P. (1994) *Lecciones VIII: El crimen del cabo Lortie. Tratado sobre el padre*. México: Siglo XXI Editores